

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

EL PRECIO DE LA VIDA HUMANA



N los diarios de nuestros países sudamericanos, la muerte ha sentado sus reales. No sólo tranquea en los humildes avisos de defunciones, en las presuntuosas necrologías, en los sucesos policíacos en que por una nada un hombre priva al otro del azul de este mundo, sino que también deja oír el golpe de sus zancadas en secciones que se creyeron totalmente ajena a sus dominios. Hay una epidemia. Hoy, de escarlatina; ayer, de tifus; mañana, de cualquier plaga. La muerte acecha. ¿A quién? A todos; pero son tan pocos los que la sienten si no les asesta el golpe en el corazón de los seres queridos, que los diarios —que marcan a pesar de todo el pulso de la vida nacional—no salen para comentar la epidemia, de la cotidiana ristra de sus adjetivos vulgares.

Es que hay una relación directa entre el aprecio de la vida ajena y el grado de civilización en que se halla un pueblo. El término medio de la vida en Chile se ha calculado en veintisiete años. En los Estados Unidos, en cuarenta y nueve. Seguramente en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en ese archipiélago privile-

giado que es la Nueva Zelandia, esa cifra sobrepase los cincuenta. ¿Qué significa esto sino que entre nosotros la mitad de la población fallece prematuramente? Mitad de la población. Dicho así, no impresiona. En esa mitad, sin embargo, están los padres venerados, los hijos que son el orgullo, la esperanza y la razón de ser de las vidas...

Aprecio de la vida ajena. El hombre ha sido lobo para el hombre. Guerras, asesinatos, crímenes de tiranías y de intolerancias ensangrientan la historia. La divina palabra de Nazaret ha dulcificado apenas en veinte siglos la ferocidad del mamífero ensoberbecido. Es que además de la leche de la fraternidad humana, necesitamos un cierto poder de imaginación para ponernos en lugar de otro y comprender los dolores que acarrea la muerte al hogar del prójimo. Y para no ser nosotros mismos los portadores del mal, precisan, además de compasión y de poder imaginativo, algunos rudimentos de ciencia. El que nada sabe de biología, se ríe de los microbios. Es inútil enseñar profilaxia a un analfabeto. Queda para éstos el recurso de la orden imperativa. Pero a toda esa anchísima porción de las colectividades nuestras: la clase media despreocupada del aseo y de la higiene; gentes semi-letradas — que son la inmensa mayoría — que se permiten sostener una opinión sobre las cosas que menos entienden, que desafían las órdenes de los médicos, que no se avienen a la disciplina para asegurar que importa la higiene general, ¿cómo se les enseña que para asegurar su salud es indispensable que cuiden también de la salud de los otros?

Hace falta cultura. Sobre todo, esa que se infiltra por las clases bajas y trata de alcanzar a todos y a cada uno de los nacidos en el suelo patrio. Sin esta base de cultura popular no puede edificarse una nación durable. Los hombres de negocios que llevan el timón de la economía, se plañen de que las industrias y las em-

presas comerciales desfallecen por falta de intensidad de población. Somos éstos, pueblos ralos. Sin riqueza, el progreso se dificulta; las escuelas escasean, los niños han de uncirse al trabajo prematuramente. Se perpetúa la incultura. La mortalidad infantil llega a cifras que son una vergüenza ante la faz del mundo. No nos preocupa. Lo accesorio nos importa más que lo indispensable. Hermoseamos algunas calles céntricas; edificamos palacios suntuosos, rascacielos imponentes. Al lado de ellos, continúa la miseria, el desaseo, la ignorancia, las epidemias, la muerte. No apreciamos la vida ajena. No salimos de esta situación de pueblo semi-civilizado.